

# DADEI

*El croquis de David. Así dibujó el propio joven su caída por el hueco de la escalera de su instituto.*



## EL ÚLTIMO GOLPE DE DAVID

“SE TIRÓ POR LAS ESCALERAS  
PORQUE TRES NIÑAS,  
ENTRE RISAS,  
LE INCITARON A ELLO”

Tiene 15 años y sufre autismo severo. El 29 de noviembre, se tiró por el hueco de las escaleras desde un primer piso en un instituto de Asturias después de que tres alumnas se lo pidieran. No hubo que lamentar una tragedia, pero la madre ha denunciado lo ocurrido. “Son las víctimas perfectas del acoso escolar. O bien porque no perciben que están siendo agredidos. O bien porque no lo cuentan”. *Por Pedro Simón*

## PAPEL | EN PORTADA



*Gema Díaz abraza a su hijo David en el domicilio familiar.*

JORGE PETEIRO

Por **Pedro Simón** (Madrid)

**L**e ves con sus 65 kilos, con su envergadura adolescente y su sonrisa perenne, y piensas que puede defenderse él solito. Pero qué va. Porque David en teoría tiene 15 años, sí, pero es como si tuviera seis. Por eso, el chico con autismo severo no ve nada extraño cuando aquellas tres niñas del instituto se le acercan muy amables en el recreo. Nada extraño cuando le piden que les acompañe. Nada extraño cuando le animan a tirarse por el hueco de la escalera desde el primero piso.

Entonces, David salta.

El chico que tiene seis años en un cuerpo de 15 se ha dado un buen golpe, se levanta maltrecho, apenas puede caminar del dolor.

Cuando las tres niñas le piden a continuación que suba a la segunda planta y haga lo propio desde allí «porque será todavía más divertido», se oyen voces de otros adolescentes que están llegando al lugar y las tres chicas se esfuman.

Ocurrió el pasado 29 de noviembre en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Salinas (Castrillón, Asturias) con una cuarta alumna como testigo. El suceso acabó con David en el Hospital Universitario

de San Agustín y con una denuncia ante la Policía Nacional de Avilés.

Cuando –ya en casa– su madre le explicó lo ocurrido, su hijo mayor le contestó:

–Madre, cómo iban a querer hacerme algo malo esas niñas. Si se reían...

(...)

«Serían más de las doce. Estaba haciendo unas albóndigas cuando me llamaron desde el instituto. Me llamó la jefa de estudios y me dijo que David se había tirado por el hueco de la escalera y que, en esas condiciones, no podía seguir allí», comenta Gema Díaz, 46 años, separada, cuidadora legal de su hijo dependiente.

«Luego me enteré de lo que había pasado. Mi hijo autista se tiró por el hueco de las escaleras porque tres niñas, entre risas, le habían incitado a ello. Otra niña lo vio allí caído y se lo llevó a secretaría. El director decidió que no tenía nada y obligó a David a que volviera a clase: lo hizo con ayuda. Al llegar yo, mi hijo no podía ni

caminar, le dolían el culo, la espalda y una pierna... Hoy, dos semanas después de que se tirase por el hueco de las escaleras, que deben de ser unos tres metros de alto, no puede correr ni saltar».

En el hospital, reseñan que el paciente no tiene nada roto, pero sí la conmoción propia de la caída. Se le administran un analgésico, un ansiolítico y un antipsicótico. La exploración en la unidad de psiquiatría deja muy claro que David no intentó hacerse daño y desaconseja que vaya al instituto por unos días.

La denuncia policial –que incluye lo que el hijo le cuenta a su madre– recoge lo que pasó: «David les dijo a ellas que no quería tirarse más, si bien ellas le convencieron para que saltase desde el segundo piso,

Pero tenemos el dibujo a mano de David. Lo hizo a los pocos días del suceso. Es un croquis muy sencillo y de trazo pàrvulo. El fruto de un juego que a veces le plantea Gema para quebrar el inveterado muro comunicacional que levantan los niños con trastorno del espectro autista.

«Dibuja algo bueno que se te venga a la cabeza en esta hoja y algo malo en esta otra, David», le dijo, como siempre.

Y allí estaba.

### “Madre, cómo iban a querer hacerme algo malo esas niñas. Si se reían...”, relató el chico cuando volvió a casa desde el hospital

puesto que sería aún más divertido». Y también recoge lo que pudo haber pasado: «Cuando David estaba dispuesto a tirarse otra vez, se escucharon voces y las niñas se escondieron».

Este periódico intentó hablar esta semana con la dirección o la jefatura de estudios del instituto para recabar su testimonio. Declinaron el ofrecimiento.

El pensamiento positivo mostraba a unos niños jugando al fútbol.

En el negativo se veían unos dientes de sierra que suponemos son las escaleras. Tres figuras humanas abajo, muy juntas, el

gesto sonriente. Y otro monigote arriba, arrojándose desde lo alto. (...)

«Cuando era un bebé, sonreía pero no miraba. Cada vez se daba más cabezazos. No era normal. Hasta que nos dieron el diagnóstico en Atención Temprana: autismo severo. Su infancia fue ajena al mundo. No relacionaba las palabras con las imágenes. Por eso le enseñaba una fotografía de una manzana y le decía la palabra manzana. Y me la ponía en la cara para llamar su atención y que me mirara», evoca su madre sobre el primer David.

«No se relaciona con los otros guajes. Para él era como si fuesen fantasmas. No tenía iniciativa para subir al tobogán o al columpio, como los otros niños. David, no. Se quedaba parado allí», recuerda sobre los primeros desencuentros.

«No ha empezado a socializar hasta hace cuatro o cinco años. Es como un guaje de seis. Vive en una felicidad perpetua, en un mundo de fantasía e ilusión donde no existe la maldad», nos cuenta sobre el David de hoy.

Tras pasar por un centro de educación especial, recaló en un colegio ordinario con apoyo educativo hasta 4º de Primaria. Allí Gema refiere episodios aislados de «golpes» y «acorralamientos en los aseos». Y, desde hace dos años, la nueva vida en este instituto donde el 29 de noviembre salió cara lo mismo que pudo haber salido cruz.

De David sabemos que le gusta jugar al fútbol, la piscina, pintar, los macarrones con nata y bacon, ver *Pasapalabra*, los recortables. Sabemos todo eso y, también, que hay muchas cosas que no es capaz de percibir ni de contar.

La pregunta es: ¿los chicos con Trastorno del Espectro Autista (TEA) son más propensos a sufrir acoso escolar? La respuesta es clara.

María Verde es psicóloga de la Confederación Autismo España. Contesta: «Debido a su condición, tienen dificultades en la comunicación, en la comprensión de la normal social y en las relaciones interpersonales. Son proclives al aislamiento y a ser apartados del grupo. Por eso presentan más posibilidades de ser objeto de burla, de acabar como víctimas de *bullying*».

Los datos estadísticos dicen que uno de cada cuatro alumnos con necesidades educativas específicas de apoyo asociadas a una discapacidad tiene autismo, lo que

equivale a una cifra de 60.000 estudiantes, el equivalente a la población de Zamora.

Aunque hay investigaciones internacionales de referencia que indican que la mitad de estos niños sufre acoso, en nuestro país la estadística más fiable es fruto de una encuesta realizada por la Confederación Autismo España entre 230 alumnos con TEA de Primaria y Secundaria en el curso 2021/2022.

Fue interesante lo que contestaron los chicos: un 12% dijo que alguna vez había experimentado una situación de acoso (frente al 6% de la media).

Pero fue tan interesante o más lo que *no* fueron capaces de contestar: un 33% no sabía si había sido víctima o no.

«Cuando llegan a la edad adulta, muchos señalan la etapa escolar como muy dura, hablan de ese tiempo en términos de supervivencia, con mucho malestar, como algo que costó pasar»,

## Un 12% de los alumnos con autismo afirma haber sufrido acoso, el doble de la media escolar. Además, un 33% no sabe si ha sido víctima o no

volvemos con María Verde. «Ocupación especial nos merece el caso de las niñas, que son más vulnerables al acoso sexual», apunta. «Cuando les preguntamos por este asunto, en mayor medida que los chicos, las chicas nos contestaron que no sabían...».

Miguel del Nogal es psicólogo de la Asociación Española para la Prevención del Acoso Escolar.

Cuenta que hace un mes fue invitado a dar una charla ante un colectivo de familias con hijos de altas capacidades. Y que, en el fondo, la raíz del acoso siempre es la misma: «Todo lo que se sale de lo normotípico [lo que destaca por arriba o por abajo] es susceptible de señalamiento... «El problema –añade– es que las personas con autismo tienen menos herramientas para defenderse que las otras, tienen menos capacidad para distinguir al que viene con malas intenciones».

«Porque son chicos y chicas que lo entienden todo de un modo literal y al pie de la letra», aclara Luisa Fernanda Yáguez, psicóloga clínica infanto-juvenil. «Porque no entienden la ironía».

Porque David ve a unas chicas riendo y piensa que nada malo puede pasar.

(...) Gema tiene un miedo enfermizo a volar, pero qué no es capaz de hacer una madre por su hijo.

Así que, este miércoles, Gema se sube a un avión en Gijón y viaja hasta Madrid, invitada por una cadena de televisión privada para denunciar lo que le ha ocurrido a David. Cuando le proponen pernoctar en la capital, ella dice que ni hablar, que por favor la devuelvan al pueblo en el día para dormir con él. Nunca ha estado tanto tiempo separada del hijo.

Hablamos antes de que embarque en Asturias y es un manojito de ansiedad por culpa de su fobia a las alturas.

«Son las víctimas perfectas del acoso escolar. O bien porque no perciben que están siendo agredidos. O bien porque no lo cuentan. Yo digo que son la bendita y peligrosa inocencia», resume Gema. «Para David, si un niño o una niña se ríe, es que son buenos. Lo que no entiende es que, muchas veces, como pasó, esas niñas se están riendo de él».

Aterrizó en Madrid y llama al padre de David para preguntarle qué tal está el hijo de ambos.

Le dicen que está bien, que no se preocupe, que tranquila. Y cuenta Gema que se emociona mucho cuando escucha que David –16 años– anda con unas cajas de zapatos montando un castillo.



Chat del instituto de David en el que sus compañeros hablan de lo ocurrido.

## CÓMO TENER UN CORAZÓN SANO DESAYUNANDO Y CENANDO PRONTO

**Nutrición.** Retrasar la primera o la última comida suma 'papeletas' de daño cardiovascular: hasta un 28% más de riesgo por cada hora

Por **Cristina G. Lucio** (Madrid)

La hora a la que desayunamos y cenamos tiene un impacto sobre nuestra salud cardiovascular. Así lo asegura un estudio internacional en el que ha participado el Instituto de Salud Global de Barcelona (ISGlobal), que sugiere que realizar de forma tardía la primera o la última comida del día se relaciona con una mayor riesgo de desarrollar problemas cardiovasculares. Los resultados del trabajo, que ha realizado un seguimiento a más de 100.000 personas de la cohorte NutriNet-Santé durante 13 años (entre 2009 y 2022), se han publicado en la revista *Nature Communications*.

La investigación, en la que además del centro español impulsado por la Fundación la Caixa han participado equipos del Instituto francés para la Investigación Agronómica (INRAE), el Instituto francés para la salud y la investigación médica (Inserm) y la Universidad de la Sorbona de París, también ha revelado que hay evidencias que sugieren que un ayuno nocturno de mayor duración se asocia con un menor riesgo de padecer enfermedades cerebrovasculares, como el ictus.

«Los resultados muestran que el hecho de tener unos hábitos de comidas tardíos realizando una primera comida más tarde de las nueve de la mañana o una cena más tarde de las nueve de la noche se puede relacionar con un mayor riesgo de desarrollar enfermedades cardiovasculares, especialmente entre las mujeres», señala Anna Palomar, investigadora del ISGlobal y primera autora del estudio. «El trabajo, que necesita replicarse en otros estudios, respalda la importancia de adoptar patrones de horarios de alimentación más tempranos acoplándolos a un ayuno nocturno prolongado con una última comida temprana en lugar de saltarse el desayuno... Los resultados son concluyentes con estudios experimentales y observacionales previos. Estos hallazgos sugieren que más allá de la calidad nutricional de la propia dieta, las recomendaciones relacionadas con los horarios de las comidas pueden ayudar a promover una mejor salud cardiovascular».

Realizar la primera comida tarde (como cuando uno se salta el desayuno) se relaciona con un mayor riesgo de enfermedad cardiovascular. En concreto, hay un aumento del 6% del riesgo por cada hora de retraso. Así, una persona que come por primera vez a las nueve de la mañana tiene un 6% más de probabilidades de desarrollar una enfermedad cardiovascular que otra que come a las ocho. En cuanto a la última comida del día, cenar tarde (después de las nueve de la noche) se asocia a un aumento del 28% del riesgo de padecer enfermedades cerebrovasculares, como el ictus, en comparación con cenar antes de las ocho de la noche, sobre todo en las mujeres. Por último, una mayor duración del ayuno nocturno (tiempo entre la última comida del día y la primera del siguiente) se asocia a un menor riesgo de patologías; lo que respalda la idea de realizar la primera y la última comida del día más temprano.